

GÁLATAS 6

VERSÍCULO 1. *Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal en espíritu de mansedumbre.*

Este es otro buen precepto moral, y muy necesario en este nuestro día. Los sacramentarios se aferran de este texto e infieren que nosotros con paciencia debiéramos ceder un poco a los hermanos caídos, y encubrir su error por medio del amor, el cual 'cree todas las cosas, espera todas las cosas, soporta todas las cosas' (1 Corintios 13:7), y en particular, por lo que aquí Pablo enseña claramente, que los que son espirituales deben tratar de restaurarlos con espíritu de mansedumbre. El asunto (según ellos) es de tan poca importancia que tan sólo por este artículo no debiéramos quebrantar el vínculo cristiano, pues la Iglesia no puede tener nada máspreciado y provechoso. Así que nos sermonean del perdón de los pecados, y nos acusan que somos obstinados pues no cedemos ni un pelo a lo que piden, ni toleramos su error (el cual no confiesan abiertamente), y mucho menos los restauraremos con espíritu de mansedumbre. Es así como estos simpáticos señores se adornan junto con su causa, con la consecuencia de que a nosotros y muchos otros nos ponen en oprobio.

Nada me ha acongojado y frustrado con tanto dolor (y Dios es mi testigo) en todos estos años como la discordia en esta doctrina, y los sacramentarios bien lo saben que yo no fui el autor de tal discordia, si es que confiesan la verdad. Pues lo que yo creí y enseñé al principio de esta causa,¹ con respecto a la justificación, los Sacramentos, y todos los otros artículos de la doctrina cristiana, todavía lo creo y profeso hasta el día de hoy (pero con mayor confianza, pues ésta ha aumentado mediante el estudio, la práctica y la experiencia, y también mediante grandes y frecuentes tentaciones); y diariamente le ruego a Cristo que me preserve y fortalezca en esta fe y confesión hasta el día de su venida en gloria. Amén. Además, es patente que por toda Alemania la doctrina del Evangelio fue asediada desde el principio por nadie más sino los Papistas; y entre los que recibieron el Evangelio, hubo pleno acuerdo respecto a todos los artículos de la doctrina cristiana. Tal acuerdo perduró hasta que los Sectarios salieron con sus nuevas opiniones respecto no sólo tocante a los Sacramentos, sino también en cuanto a ciertos otros artículos. Ellos fueron los primeros que perturbaron a las iglesias y rompieron la armonía. Desde aquel entonces se ha suscitado, como no podía sino ser así, más y más sectas y como consecuencia aún mayores disensiones. Por tanto, nos han causado un gran daño, el cual ellos llevan como cargo de conciencia, y nos sujetan a la vista de todo el mundo a este intolerable reproche más allá de nuestro merecido.

Sin embargo, fácilmente pudiéramos olvidar este perjuicio, recibirles y restaurarles con un espíritu de mansedumbre, si tan sólo volvieran al camino recto y caminaran ordenadamente a nuestro lado. Es decir, si ellos creyeran y enseñaran piadosamente respecto a la Cena del Señor y otros artículos de la doctrina cristiana, y de común acuerdo con nosotros predicaran, no sus propias opiniones, sino a Cristo, para que el Hijo de Dios sea glorificado por nosotros, y el Padre mediante Él. Pero viendo que ellos

¹ La Reforma.

engrandecen el amor y el acuerdo, y empequeñecen el asunto del Sacramento, como si poco importara lo que pensamos de la eucaristía instituida por nuestro Señor, esto no lo toleraremos. Sin embargo, así como ellos predicán vivir en armonía, así también nosotros debemos predicar la armonía en la doctrina y en la fe. Si tan sólo nos permitieran que retengamos esto entero y sano, entonces nosotros junto con ellos también exaltaríamos la armonía del amor, lo cual es de mucho menor consecuencia que la armonía de la fe o del Espíritu. Pues si pierdes esto, has perdido a Cristo, y cuando pierdes a Cristo, de nada te valdrá el amor. Pero si, por el contrario, retienes la unidad del Espíritu, y a Cristo, de nada te perjudica si disientes de aquellos que corrompen la palabra y por tanto quebrantan la unidad del Espíritu. Entonces, yo prefiero que ellos y todo el mundo se separen de mí, y se declaren mis enemigos, que yo me separe de Cristo y lo tenga a Él por mi enemigo; pues eso sucedería si me aparto de su palabra sencilla y clara, para aferrarme a sus vanas ilusiones, con las cuales retuercen las palabras de Cristo para ajustarlas a sus propias opiniones.

Pero junto con los que aman a Cristo y fielmente enseñan y creen en su palabra, ofrecemos no sólo retener la paz y la armonía, sino también sobrellevar sus debilidades y pecados, y restaurarlos cuando cayeren (así como Pablo aquí nos insta) con un espíritu de mansedumbre. Así fue como Pablo sobrellevó la debilidad y la caída de los gálatas y otros (que fueron descarriados por los falsos apóstoles) cuando se arrepintieron de buena voluntad. Así fue como recibió la gracia aquel corinto impuro (2 Corintios 2:7f); así también él reconcilió a Onésimo con su amo, aquel esclavo fugitivo, a quien engendró en el Señor en Roma mientras estaba en cadenas (Filemón 17). Por tanto, lo que él enseña aquí tocante al deber de sobrellevar al débil y restaurar al caído, él mismo lo cumplía, pero sólo para con los que podían ser sanados. Es decir, para con los que prontamente confesaban su pecado, su caída, su error, y volvían al camino recto. Por el contrario, con los falsos apóstoles, que se mostraron obstinados y defendían su doctrina, diciendo que no era error, sino la pura verdad, él mismo se mostró muy duro y severo. “Yo confío,” dijo él, “que fuesen también cortados los que os perturban;” “mas el que os perturba, llevará el juicio, quienquiera que él sea” (Gálatas 5:12,10). También, “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo os predicare otro Evangelio del que os hemos predicado, sea anatema” (Gálatas 1:8). Bien, sin duda alguna había muchos que defendían a los falsos apóstoles contra Pablo, diciendo que ellos no tenían menos del Espíritu, que no eran menos ministros de Cristo y predicadores de la palabra que Pablo; y aunque ellos no estaban de acuerdo en todos los puntos de la doctrina con él, él no debería pronunciar tan horrible decreto contra ellos; pues por ser así de obstinado él no lograría nada más sino perturbar a las iglesias y destruir su buena armonía, etc. Pero sin dejarse mover por esos argumentos Pablo confiadamente maldijo y condenó a los falsos apóstoles, llamándolos perturbadores de las iglesias y subversivos contra el Evangelio de Cristo. Por otro lado engrandece su doctrina de tal modo que todos deben ceder ante ella, no importando si fuese la armonía del amor, los apóstoles, un ángel del cielo, etc.

Así que tampoco podemos permitir que este asunto sea estimado como una pequeñez, pues Aquel a quien esta causa pertenece, es grande. Cierto que una vez fue tan sólo un pequeño, cuando yacía en el pesebre; no obstante aún así era tan grande que fue

adorado por ángeles y proclamado Señor de todas las cosas. Por tanto no vamos a permitir que su palabra sea perjudicada en cualquier artículo. En los artículos de la fe nada debe parecernos como poca cosa o de poca importancia, como si fuera algo que no nos hiciera falta. Pues la remisión de pecados pertenece a los débiles en la fe y en la moral,² los que reconocen su pecado y buscan el perdón, y no a tales como los que corrompen la doctrina, los que no reconocen su error y pecado, sino que testarudamente lo defienden como si fuera la verdad y la justicia. Y con esa conducta, causan que perdamos la remisión de pecados, porque pervierten y niegan la palabra que predica y trae ese perdón. Por tanto que primeramente sean uno con nosotros en Cristo, es decir, que confiesen su pecado y corrijan su error; y luego si algo nos faltase en el espíritu de mansedumbre, podrían justamente acusarnos.

El que sopesa con diligencia las palabras del apóstol puede percibir que él no habla de errores y ofensas contra la doctrina, sino de pecados de menor consecuencia, en los que cae el hombre no de su propia voluntad, y según un propósito firme, sino por debilidad. De ahí que él usa palabras tan tiernas y paternales, pues no lo llama un error ni un pecado, sino una falta. Nuevamente, a fin de minimizar, y como si fuera para disculpar el pecado, y sacar toda la culpa del hombre, añade, “Si alguno fuere tomado,” como si dijera, fuera seducido por el diablo, o por la carne. Sí, y este nombre o expresión de hombre ayuda en algo a reducir y calificar el tema. Es como si dijera, “¿Qué más es tan propio al hombre que caer, ser seducido, y errar?” Así lo dice Moisés en Levítico 6:3, “cosas en que suele pecar el hombre.”³ Por lo que esta declaración está llena de consuelo celestial, la cual en cierto horrible conflicto me libró de la muerte. Entonces, por cuanto los santos en esta vida no sólo viven en la carne, sino que también de vez en cuando, por causa de los engaños del diablo satisfacen los deseos de la carne, es decir, caen en la impaciencia, la envidia, la ira, el error, la duda, la desconfianza, y cosas semejantes (pues Satanás siempre asedia por ambos lados, tanto en la pureza de la doctrina, por lo que se esfuerza en desalojarla por medio de sectas y disensiones, como también en la integridad de vida, la cual él corrompe con ofensas diarias). Por tanto Pablo enseña como tratar con tales hombres que han caído así; a saber, que los que son fuertes, deben levantarlos y restaurarlos otra vez con el espíritu de mansedumbre.

Es necesario que ellos estén al tanto de estas cosas, aquellos que están liderando en la Iglesia,⁴ no sea que en tanto que tengan prisa de ir hasta el fondo de todas las cosas, se olviden del afecto paternal y maternal que Pablo requiere de los que tengan almas a su cuidado. Él también pone un ejemplo de este precepto (2 Corintios 2), donde dice que aquel que fue excomulgado fue reprochado en exceso, y que ahora ellos debieran perdonar y consolarlo, no sea que el pesar lo consuma. Por tanto, yo os ruego (dice él), que lo traten con amor. Por eso los pastores y ministros deben ciertamente censurar firmemente a los que han caído, pero cuando vean que sienten pesar por sus ofensas, entonces que comiencen a levantarlos, a consolarlos, a menguar y atenuar sus faltas todo lo que puedan; pero sólo por medio de la misericordia, la cual deben contraponer al

² *fide et moribus.*

³ *‘Sicut homines solent peccare.’*

⁴ *Qui praesunt ecclesiis.*

pecado, no sea que los caídos sean sumidos por una pesadumbre abrumadora. Así de preciso como es el Espíritu Santo manteniendo y defendiendo la doctrina de la fe, así también es él, templado y compasivo, sobrellevando y pasando por alto los pecados de los hombres, cuando éstos se sienten afligidos por lo que hicieron.

Sin embargo, en cuanto a la sinagoga del Papa, al igual que en todas las cosas, ha enseñado y hecho totalmente lo contrario al mandato y ejemplo de Pablo; haciendo también en esto lo contrario. El Papa, con todos sus obispos, han sido tan sólo tiranos y carniceros de las conciencias de los hombres; pues los han cargado cada vez con nuevas tradiciones, y por cada pequeñez los han azorado con sus excomuniones, y para que puedan obedecerlos más fácilmente con sus vanos terrores han añadido estas sentencias del Papa Gregorio, “Es parte y propiedad de las buenas mentes temer una falta en donde no hay falta alguna.” Además, “Se deben temer nuestras censuras, aunque sean injustas y erróneas.” Por medio de estas sentencias (traídas a la Iglesia por el diablo) establecieron sus excomuniones, y esta majestad del Papado, la cual es tan terrible para el mundo entero. No hay necesidad alguna de tal humildad y bondad en las mentes, de temer por faltas en donde no hay ninguna. Oh, tu Satanás romano, ¿quién te dio este poder de aterrar y condenar las conciencias⁵ de los hombres quienes ya desde antes sufrían del terror con tus injustas y erróneas sentencias? Más bien deberías haberlas levantado, librarlas de falsos temores, y traerlas de vuelta de las mentiras y los errores a la verdad. Esto omitiste, y de acuerdo a tu título y nombre, a saber, el hombre de pecado y el hijo de la perdición, te imaginas que hay faltas donde no las hay. Esto ciertamente es la artesanía y el engaño del anticristo, con el que ha establecido su poderosa excomunión y tiranía. Por cuanto todo el que despreciaba sus sentencias injustas era tenido como el más obstinado e impío; así como lo hicieron algunos príncipes, aunque contra sus conciencias; pues en aquellos tiempos de oscuridad no comprendían que el Papa maldecía en vano.

Por tanto los que tengan a su cargo el cuidado de las conciencias de los hombres aprendan de este mandato de Pablo, de cómo deben lidiar con aquellos que hayan ofendido. Hermanos (dice él), si alguno fuere tomado en alguna falta, no lo perturben ni le causen más penas; no lo traten con rencor; ni lo rechacen ni condenen, sino repónganlo y levántenlo otra vez; y por medio de un espíritu de comprensión y compasión restituyan en él lo que ha sido corrompido por el engaño del diablo, o por la debilidad de la carne. Pues el reino al que habéis sido llamados no es el reino del terror ni de la pesadumbre, sino el de la confianza,⁶ el gozo, y la felicidad. Por tanto, si observan a algún hermano agobiado por razón del pecado que ha cometido, corran hacia él, extiéndanle la mano, levántenlo otra vez, consuélenlo con palabras suaves, y estréchenlo con brazos maternos. En cuanto a los que siguen duros de corazón y obstinados, los que sin temor alguno siguen sin cuidado alguno en sus pecados, repróchenlos con firmeza. Pero por otro lado (como he dicho) están los que han sido tomados en alguna falta, y están agobiados y afligidos por la falta cometida. Éstos deben ser levantados y advertidos por ustedes que son espirituales, y en el espíritu de mansedumbre, y no con celo de una severa justicia, como algunos han hecho, pues cuando debieran haber saciado la sed de

⁵ *mentes.*

⁶ *fiduciae.*

las conciencias fatigadas con algún consuelo dulce y refrescante, dieron en su lugar, vinagre e hiel, como los judíos dieron a beber a Cristo colgando del madero. *Estas cosas más que suficientemente demuestran que el perdón de pecados se debe relacionar, no con la doctrina, sino con la vida y nuestras obras. Aquí que nadie condene al otro, o que lo reproche ásperamente y con ira.* Ezequiel habla de los pastores de Israel, que rigen al rebaño de Dios con crueldad y aspereza (Ezequiel 34:4); pero un hermano debe consolar a su hermano caído, con un espíritu manso y amoroso. Otra vez, el caído debe escuchar la palabra de aquel que lo levanta, y creerla. Porque Dios no quiere que los heridos sean abatidos, sino levantados, como dice el Salmo (Salmo 145:14). Pues Dios ha otorgado mucho más a ellos que a nosotros. Es decir [ha dado] la vida y sangre de su propio Hijo. Por tanto, también debemos recibir, socorrer y consolar a los tales, con toda bondad y ternura. *Por lo cual no les negamos el perdón a los Sacramentarios u otros autores de sectas impías, sino que de nuestros corazones los perdonamos por sus insultos y blasfemias contra Cristo. Y con respecto al mal que nos han causado, jamás lo mencionaremos si tan sólo se arrepienten, se despojan de su impía doctrina con la que han perturbado a las iglesias, y caminan en el camino recto y ordenadamente con nosotros. Pero si perseveran en su error, y destruyen el verdadero orden, en vano exigen de nosotros el perdón de pecados.*

VERSÍCULO 1. *Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.*

Esta es una advertencia muy necesaria a fin de cortar el maltrato por parte de los pastores hacia los caídos pues no muestran compasión alguna al no levantarlos ni restituirlos. “No hay ningún pecado (dijo Agustín), cometido por hombre alguno, que cualquier otro hombre no pueda repetir. Estamos sobre tierra resbaladiza; por tanto si nos hinchamos de orgullo y abandonamos nuestro deber,⁷ no hay nada más fácil que caer. Bien fue dicho de cierta persona en un libro titulado “Las vidas de los padres,” cuando se le contó que uno de sus hermanos había caído con una prostituta, “Ayer cayó él (dijo), hoy puedo caer yo.” Por tanto Pablo añade esta fervorosa advertencia, que los pastores no deben ser severos y faltos de misericordia hacia los que han ofendido, o medir su propia santidad según los pecados de otros hombres; sino que deben tener un afecto maternal hacia ellos, y que piensen así: este hombre ha caído; puede ser que yo también pudiera caer más peligrosa y vergonzosamente que él. Y si es que van a estar tan listos a juzgar y condenar a otros, harían bien en considerar su propio pecado, pues se darían cuenta que los pecados de los caídos son tan sólo pajas comparadas con las vigas de sus propios pecados (Mateo 7:3).

“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga,” (1 Corintios 10:12). Si David, un hombre tan piadoso, lleno de fe y del Espíritu de Dios, con tan prominentes promesas de Dios, y también habiendo hecho muchas y grandes cosas para el Señor, cayó tan lamentablemente, y después de avanzado en años, fue derribado por la lujuria de la juventud, después de tantas y diversas tentaciones a las cuales Dios lo había sometido, ¿por qué debiéramos presumir de nuestra propia constancia? Y es que Dios, mediante tales ejemplos, nos muestra en primer lugar, nuestra debilidad, para que no nos inflemos de orgullo, sino que tengamos temor; además, nos muestra sus juicios, los cuales no

⁷ *ordinem deserimus.*

pueden tolerar el más mínimo orgullo, ni contra Él mismo, ni contra nuestros hermanos. Por tanto, no es sin causa alguna por la que Pablo dice, “Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.” Los que son fatigados por la tentación, saben cuan necesario es este mandamiento. Por otro lado, los que así no son probados, no comprenden a Pablo, y por tanto no los conmueve ninguna misericordia hacia los caídos; tal cual se hizo notorio en el Papado, en donde nada más reinaba sino la tiranía y la crueldad.

VERSÍCULO 2. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.

Este es un mandamiento muy tierno, al cual añade un gran encomio. La ley de Cristo es la ley del amor. Cristo, después de redimirnos, nos renovó, nos hizo su Iglesia, pero no nos dio ninguna otra ley sino la ley del amor mutuo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; que como yo os he amado, así también os améis unos a otros” (Juan 13:34). Y amar no es desear el bien al otro (como sueñan los sofistas), sino sobrellevar las cargas de los otros, esto es, sobrellevar las cosas que a ti te causarían malestar, las cuales no estarías dispuesto a cargar con ellas. Por tanto, los cristianos deben tener fuertes espaldas y huesos duros, para que puedan cargar con la carne, es decir, con la debilidad de sus hermanos; pues Pablo dice que tienen cargas y pesares. El amor por tanto, es tierno, cortés, paciente, no cuando recibe, sino cuando da, pues tiene la obligación de pasar por alto muchas cosas, y sobrellevarlas (1 Corintios 13:4). Los fieles maestros pueden ver que en la Iglesia hay muchos errores y ofensas que tienen la obligación de sobrellevar. En las comunidades municipales, los sujetos jamás obedecen a sus magistrados como debe ser. Por tanto, a menos que el magistrado pueda guñar el ojo y disimular respecto a tiempos y lugares, jamás podría gobernar su territorio. En los asuntos de la casa hay muchas cosas por hacer que no son del agrado del señor de la casa. Pero si podemos sobrellevar y guñar el ojo a nuestros propios vicios y ofensas que cometemos a diario, también entonces sobrellevemos las faltas de los otros, de acuerdo a esta declaración, “Sobrellevad las cargas de los otros, etc.” Igualmente, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Romanos 13:9).

Entonces, viendo que en todos los aspectos de la vida y en todos los hombres hay vicios, Pablo presenta la ley de Cristo a los fieles, por la cual los exhorta a sobrellevar las cargas de los otros. Los que no hacen esto dan pleno testimonio que no comprenden ni una jota de la ley de Cristo, la cual es la ley del amor; pues tal cual dice Pablo (1 Corintios 13), el amor todo lo cree, todo lo espera, y sobrelleva todas las cargas de los hermanos. No obstante, no hay que perjudicar al primer mandamiento;⁸ pues cuando éste se quebranta no se transgrede la ley de Cristo, es decir, la ley del amor. No, los transgresores del primer mandamiento no hieren ni ofenden a su prójimo, sino a Cristo y a su reino, el cual Él ha comprado con su propia sangre. Este reino no se mantiene por medio de la ley del amor, sino por la palabra de Dios, por la fe, y por el Espíritu Santo. Entonces, este mandamiento, de sobrellevar las cargas de los otros no pertenece a los que niegan a Cristo, y no es que solamente no reconocen su pecado, sino que lo defienden; ni tampoco

⁸ *salvo primo ordine.*

pertenece a los que permanecen en sus pecados (quienes en parte también niegan a Cristo); los cuales también debemos abandonar, no sea que seamos partícipes de sus malas obras (1 Timoteo 6:11). Por el contrario, los que por voluntad propia escuchan la palabra de Dios y creen, y no obstante contra su propia voluntad caen en pecado, y después de ser amonestados, no sólo reciben tal amonestación con gozo, sino que también detestan su pecado y procuran corregirse; éstos, digo yo, son los que son tomados en alguna falta, y tienen las cargas que Pablo nos ordena sobrellevar. En este caso, no seamos despiadados y severos; sino que siguiendo el ejemplo de Cristo, quien sobrellevó y cargó a los tales, también sobrellevemos y tomemos sus cargas; pues si Él no los castiga (lo cual tendría todo el derecho de hacerlo), mucho menos debemos hacerlo nosotros.

VERSÍCULO 3. Porque si alguno piensa de sí que es algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.

Nuevamente aquí él reprende a los autores de las sectas, y los pinta con todos sus colores, a saber, que son duros de corazón, sin misericordia, sin compasión; pues desprecian a los débiles, y no se comprometen a sobrellevar sus cargas, sino que exigen todas las cosas severa y estrictamente (como maridos extraviados⁹ y maestros severos) a quienes nada les agrada sino sólo lo que ellos hacen, quienes siempre serán tus más acérrimos enemigos, a menos que elogies todo lo que digan y hagan, y en todas las cosas te conformes a sus antojos.¹⁰ De todos los hombres, ellos son los más orgullosos, y tienen la osadía de acaparar todas las cosas. Y esto es lo que Pablo dice aquí, que piensen si son algo; es decir, si tienen el Espíritu Santo, si comprenden todos los misterios de las Escrituras, si no pueden errar, etc.

Por lo que Pablo añade con toda certeza que no son nada; pues se engañan con las vanas persuasiones de su propia sabiduría y santidad. Por tanto, no entienden nada, ni de Cristo, ni de la ley de Cristo, pues si lo entendieran, dirían: “Hermano, estás infectado con un vicio, y yo con otro: por cuanto Dios me ha perdonado diez mil talentos, yo te perdono los cien denarios” (Mateo 18:24,28). Pero cuando ellos exigen todas las cosas con toda exactitud, y con tanta perfección, y de ninguna manera sobrellevan las cargas de los débiles, ofenden a muchos con esta severidad y estrechez, tanto es así que comienzan a despreciarlos, odiarlos, y evitarlos, y no buscan consuelo o consejo en ellos, ni toman en cuenta sus enseñanzas. Por el contrario, los pastores deben comportarse con los que están a su cargo de tal modo que sean amados y reverenciados, no por sus personas, sino por su oficio y virtudes cristianas, las cuales especialmente deben brillar en ellos.

Por tanto aquí Pablo correctamente ha señalado hacia tales santurriones severos y despiadados cuando dice, “Piensan que de sí son algo,” es decir, que siendo inflados con sus propias necias opiniones y sueños ilusos, tienen una asombrosa convicción de su propio conocimiento y consagración, pero de veras son nada, y no hacen nada más sino engañarse. Pues es un engaño muy patente cuando alguien está persuadido que en sí es

⁹ *morosi.*

¹⁰ *moribus.*

algo, cuando de veras es nada. Tales hombres se describen de la mejor manera en Apocalipsis tres con estas palabras, “Tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de nada; y no conoces que tú eres un desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo.”

VERSÍCULO 4. *Así que, cada uno examine su propia obra, y entonces tendrá de qué gloriarse, sólo en sí mismo, y no en otro.*

Él prosigue a dibujar a esos fulanos vanidosos y vanagloriosos; pues el deseo de la vanagloria es un vicio odioso y maldito. Es la causa de todos los males, y perturba a los gobiernos y las conciencias. Y especialmente en temas espirituales es un mal de tal índole que es incurable. Y aunque este texto pudiera ser entendido con respecto a las obras de esta vida, o de la vida civil, no obstante el apóstol habla de la obra del ministerio, e impugna contra las cabezas vanidosas, pues con sus opiniones fantasiosas perturban a las conciencias bien instruidas.

Y esto pertenece a los que están infectados con este veneno de la vanagloria, a los cuales no les interesa si sus obras, es decir, su ministerio, es puro, sencillo, y fiel, o no; sino que lo único que rebuscan es procurar las alabanzas de la gente. Fue así como los falsos apóstoles, cuando vieron que Pablo predicaba el Evangelio en su pureza a los gálatas, y que ellos no podían traer una doctrina mejor, comenzaron a buscar faltas en las cosas que él había enseñado piadosa y fielmente, y dar preferencia a su propia doctrina en vez de a la doctrina de Pablo, y por medio de esta sutileza se ganaron el favor de los gálatas, y a Pablo lo presentaron de forma odiosa ante ellos. Por tanto los vanidosos y vanagloriosos tienen estos tres vicios en conjunto. Primero, que codician la gloria; segundo, son asombrosamente astutos y mañosos para hallar faltas en las obras y palabras de otros, y así comprarse el amor, la estima, y los aplausos¹¹ de la gente; y tercero, una vez que se han hecho renombre (aunque sea a costas del esfuerzo de otros), se fortalecen tanto y tienen la barriga tan llena, que se atreven a dictaminar tocante a cualquier cosa. Por tanto estos son tipos tan perniciosos y pestilentes, que los odio con todo mi corazón; pues buscan su gloria, y no aquella que es de Jesucristo, etc. (Filipenses 2:21).

Pablo aquí habla en contra de estos fulanos. Es como si dijera: “Estos espíritus vanagloriosos hacen su obra, es decir, enseñan el Evangelio a fin de ganar elogio y estima entre los hombres”. Es decir, para que se los cuente como doctores de gran renombre, con quienes ni Pablo ni otros pudieran compararse. Y una vez lograda esta estima, entonces comienzan a reprochar los dichos y las obras de otros hombres, y recomendar altamente las suyas. Por medio de esta sutileza embrujan las mentes de la gente, quienes, debido a que tienen picazón de oídos, no sólo se deleitan con nuevas opiniones, sino que también se regocijan que los maestros que habían tenido antes ahora han sido denigrados y desfigurados por estos cabecillas recién nacidos y gloriosos, y todo porque han llegado a aborrecer plenamente la palabra.

¹¹ *applausum.*

Esto no debe ser así, dice él, sino que cada cual sea fiel en su determinado oficio.¹² No busque su propia gloria, ni dependa de los elogios y los encomios de la gente, sino que se ocupe solamente en cumplir con su verdadero deber, es decir, que enseñe el Evangelio en toda su pureza; y si su obra es sincera e íntegra, entonces tenga la confianza que no le faltará elogio¹³ alguno ni ante Dios ni ante los piadosos. Mientras tanto, que no se trastorne si no recibe encomios de este mundo ingrato; pues él sabe muy bien que la finalidad de su ministerio no es él, sino que por medio de su ministerio Cristo sea glorificado. Por lo cual, ataviado con la armadura de justicia por la derecha y por la izquierda, que diga: “Yo no enseñe el Evangelio a fin de recibir los elogios del mundo; por tanto no daré paso atrás de lo emprendido, no importa si el mundo me odia, calumnia, o persigue”. Un maestro así enseña la palabra y atiende a su oficio con fidelidad, sin miramientos a lo que piense el mundo, sin importarle la gloria o ganancia, sin la fortaleza, sabiduría, o autoridad de hombre alguno. No se apoya sobre la alabanza de otros hombres, pues la tiene en sí mismo.

Por tanto, aquel que de veras cumple su oficio fielmente, no le importará lo que el mundo dijera de él. No le importará si el mundo lo alaba o lo reprueba, pues tiene la alabanza en sí mismo, la cual es el testimonio de su propia conciencia, y su alabanza y gloria están en Dios. Por tanto puede decir con Pablo: “Este es nuestro regocijo, ésta nuestra gloria y alabanza, el testimonio de nuestra conciencia, pues hemos vivido ante el mundo en sencillez y sinceridad ante Dios y no en la sabiduría de la carne, sino en la gracia de Dios. Esta gloria es incorruptible y duradera, pues no depende sobre el juicio de otros hombres, sino de nuestra propia conciencia, la cual da testimonio que hemos enseñado el Evangelio con pureza, suministrado los sacramentos debidamente, y hemos hecho bien todas las cosas, por tanto nadie nos la puede arrancar o desfigurar”.

La otra gloria que buscan estos espíritus vanidosos, es incierta y de lo más voluble, pues no la tienen en sí mismos, sino que consiste en la boca y la opinión de la gente. Por tanto, no pueden tener el testimonio de su propia conciencia de que lo han hecho todo con sencillez y sinceridad, para el avance de la gloria de Dios solamente, y la salvación de las almas. Pues lo que ellos procuran es que los tengan por famosos debido a su obra y el esfuerzo de su predicación, y recibir la alabanza de los hombres. Por tanto tienen una gloria, una confianza, y un testimonio, pero ante los hombres, y no en ellos mismos ni ante Dios. Los piadosos no desean gloria por este medio. Si Pablo hubiera tenido su alabanza ante los hombres, y no en sí mismo, se hubiera visto obligado a desfallecer cuando vio muchas ciudades, naciones, y toda Asia separarse de él; cuando vio tantos agravios y calumnias, y tantas herejías que seguían a su predicación. Cristo, cuando estaba solo, es decir, cuando no sólo lo buscaban los judíos para matarlo, sino también abandonado por sus discípulos, aun no estaba solo, sino que el Padre estaba con Él, pues Él tenía gloria y regocijo en sí mismo (Juan 16:32).

Es así como hoy, si nuestra confianza, nuestra gloria y regocijo dependiera sobre el juicio y el favor de los hombres, moriríamos con angustia y congoja de corazón. Pues tan lejos

¹² *ministerium.*

¹³ *gloriam.*

están los Papistas, sectarios, y todo el mundo de juzgarnos dignos de cualquier reverencia o alabanza, que nos odian y persiguen rencorosamente; sí, con gusto derrocarían nuestro ministerio, y desarraigarían nuestra doctrina para siempre. Por tanto ante los hombres no tenemos nada sino oprobio; pero nos regocijamos y gloriamos en el Señor, y por tanto atendemos nuestro oficio con gozo y fidelidad, lo cual sabemos es acepto ante Él. De esta manera, no nos importa si nuestra obra es de agrado o desagrado al diablo, si el mundo nos ama, o nos odia. Pues nosotros, sabiendo que nuestra obra ha quedado bien hecha, y teniendo una buena conciencia ante Dios, seguimos adelante con honra y deshonra, por mala fama, y por buena fama, etc. (2 Corintios 6:8). Esto, dice Pablo, es tener regocijo o gloria en ti mismo.

Y esta advertencia es muy necesaria para contrarrestar ese vicio execrable de la vanagloria. El Evangelio es una doctrina, la cual tanto por sí misma, como también por la malicia del diablo, conlleva la cruz y la persecución. Por tanto Pablo tiene la costumbre de llamarlo la palabra de la cruz y de la ofensa. No siempre tiene discípulos fieles y constantes. Hay muchos hoy que lo profesan y lo abrazan, los cuales si mañana son ofendidos por causa de la cruz, se desprenden de él, y lo niegan. Por tanto, los que enseñan el Evangelio con el fin de obtener el favor y la alabanza de los hombres, necesitan perecer, y que su gloria se convierta en vergüenza, cuando el pueblo deje de reverenciarlos y aplaudirlos.¹⁴ Por lo cual todos los pastores y cada ministro de la palabra¹⁵ deben aprender a tener gloria y regocijo en sí mismo, y no por boca de otros hombres. Si hubiere alguno que los alabe, como los piadosos suelen hacerlo (“por mala fama, o por buena fama,” dice Pablo), entonces que reciban esta gloria como una sombra de una gloria incidental;¹⁶ pensando que la sustancia de la gloria es ciertamente el testimonio de su propia conciencia. El que lo hiciere, evidencia que no toma en cuenta su propia obra, sino que su único esmero es cumplir fielmente con su oficio; es decir, enseñar el Evangelio con pureza, y mostrar el uso verdadero de los sacramentos. Cuando de esta manera haya probado su propia obra, él tiene gloria y regocijo en sí mismo, lo cual nadie le puede quitar; pues ciertamente la tiene sembrada y arraigada en su propio corazón, y no en la boca de otros hombres, a quienes Satanás fácilmente puede apartar, y llenar esa misma boca de maldiciones, la cual poco antes estaba repleta de bendiciones.

Por tanto, dice Pablo, si desean la vanagloria, búsquenla donde puedan encontrarla, no en la boca de otros hombres, sino en su propio corazón, al cumplir con su oficio en verdad y fidelidad. Y será que además de la gloria que tendrán en sí mismos, también tendrán elogio y encomio ante los hombres. Pero si se glorían en otros hombres, y no en sí mismos, a esa misma vergüenza y confusión que tienen dentro de sí mismos, será añadido reproche y confusión ante los hombres. Hemos visto esto hoy en ciertos espíritus fanáticos, los cuales no acreditaron su labor; es decir, que además de que no procuraron enseñar el Evangelio en su pureza y sencillez, lo usaron indebidamente, a fin de ganarse las alabanzas de los hombres, y así quebrantaron el segundo mandamiento. Por tanto, además de su propia confusión interna, les fue añadida una confusión y vergüenza

¹⁴ *eis applaudere.*

¹⁵ *unusquisque doctor.*

¹⁶ *accidens gloriae.*

externa entre los hombres, de acuerdo a la sentencia, “No tendrá Dios por inocente al que tomare su nombre en vano” (Éxodo 20:7). Como también “yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco” (2 Samuel 2:30).

Por el contrario, si buscamos primeramente la gloria de Dios por medio del ministerio de la palabra, entonces ciertamente seguirá nuestra propia gloria, de acuerdo a lo dicho, “Al que me honrare, yo honraré.” En resumen, que cada cual pruebe su propia obra; es decir, procure ser fiel en su ministerio; pues sobre todo esto se requiere de los ministros de la palabra (1 Corintios 4). Es como si dijera, que cada cual procure enseñar la palabra con pureza y fidelidad, y que no tenga su mira puesta en nada más sino en la gloria de Dios, y la salvación de las almas. Entonces su obra será fiel y sana; entonces tendrá gloria y regocijo en su propia conciencia, de tal modo que pueda decir osadamente, esta mi doctrina y ministerio es de agrado ante Dios. Y esta ciertamente es una excelente gloria.

Esta declaración también se puede relacionar a las obras de los fieles en cada situación en que se encuentren. Si el magistrado, el dueño de casa, el siervo, el maestro, el erudito, permanecen en su vocación y cumplen fielmente su deber, y no se perturban por las obras que no tienen que ver con su vocación, entonces bien pueden gloriarse y regocijarse en sí mismo. Pues bien pueden decir: “He hecho las obras de mi trabajo según Dios me las asignó, con toda la fidelidad y diligencia a mi alcance. Por tanto yo sé que esta obra que se hace con fe y obediencia es agradable a Dios. Si otros hablan mal de ella, no le doy importancia. Pues siempre habrá alguien que desprecie y calumnie la doctrina y la vida del piadoso; pero Dios ha amenazado con destruir todo labio mentiroso y toda lengua calumniosa. Por tanto, mientras tales hombres codician la vanagloria, y con mentiras y calumnias desfiguran a los piadosos, les acontece como dijo Pablo, “Cuya gloria es su vergüenza” (Filipenses 3:19). Y en otro texto, “su insensatez será manifiesta a todos” (2 Timoteo 3:9). ¿Por quién? Por Dios el juez justo, pues así como traerá a la luz sus falsas acusaciones y calumnias, así también hará relucir la justicia de los piadosos como la luz del mediodía, tal como dice en el Salmo 37.

Esta frase, “en sí mismo,” (para comentar en breve) debe entenderse de tal modo que no se deje a Dios fuera. Es decir, que cada cual lo tenga por cierto, que no importa en qué condición de vida se encuentre, su obra es una obra divina, pues es la obra de su vocación, habiendo sido ordenada por Dios.

VERSÍCULO 5. Porque cada uno llevará su propia carga.

Esto es como si fuera, la razón o confirmación de la previa declaración, no sea que alguno se apoye sobre el juicio de los hombres al alabarlo o elogiarlo. Es como si dijera: “Es una extrema locura buscar la gloria en otro, y no en ti mismo; pues en la agonía de la muerte, y en el juicio final, de nada te aprovechará que otros hombres te hayan alabado. Pues ningún otro llevará tu carga, pues tú sólo estarás ante el tribunal de Cristo, y llevarás tu carga solo. Allí ninguno de tus alabadores podrá ayudarte. Pues cuando muramos, estas alabanzas llegarán a su fin. Y en aquel día cuando el Señor juzgará todos los secretos de todo corazón, el testimonio de tu propia conciencia será a tu favor, o en contra (Romanos 2:15). Contra ti, si te has gloriado en otros hombres. A tu favor si lo tienes en ti mismo,

es decir, si tu conciencia te da testimonio que has cumplido tu deber en el ministerio de la palabra, o de otra manera, según tu llamamiento, sincera y fielmente, respetando sólo la gloria de Dios, y la salvación de las almas”. Y estas palabras, “Cada cual llevará su juicio,” son muy fervorosas, y debieran aterrarnos a tal punto que no aspiremos la vanagloria.

Además, se ha de notar que aquí no estamos tratando el tema de la justificación, en donde nada aprovecha sino la pura gracia y el perdón de pecados, los que se reciben por la fe sola; en donde todas nuestras obras, sí, hasta nuestras mejores obras y todas las que se hacen por llamamiento de Dios, tienen necesidad de perdón de pecados, pero este es otro caso. Él de aquí no trata de la remisión de pecados, sino que compara las obras verdaderas y las hipócritas en conjunto. Por tanto estas cosas deben entenderse así, aunque la obra del ministerio de un pastor piadoso no sea perfecta y aun necesite el perdón de pecados, no obstante en sí misma es buena y perfecta al compararla con el ministerio del vanaglorioso.

De tal modo, que nuestro ministerio es bueno y sano por cuanto buscamos la gloria de Dios y la salvación de las almas. Mas no es así con el ministerio de las cabezas fanáticas, pues ellos buscan su propia gloria. Sin embargo, ya que no hay obra alguna que ante Dios pueda acallar la conciencia, es necesario que estemos persuadidos que hemos hecho nuestro trabajo íntegramente, verdaderamente, y de acuerdo al llamamiento de Dios; es decir, que no hemos corrompido la palabra de Dios, sino que la hemos enseñado pura y fielmente. Necesitamos este testimonio de nuestra conciencia, que hemos cumplido con nuestro deber a la altura de nuestro oficio y llamamiento, y hemos vivido nuestra vida de igual manera. Entonces debemos gloriarnos en nuestras obras por cuanto sabemos que han sido ordenadas por Dios, y le agradan; pues en el juicio final cada cual llevará su propia carga, y por tanto de nada aprovecharán o socorrerán las alabanzas de otros hombres.

Hasta aquí él ha hablado de ese vicio extremadamente pestilente, la vanagloria; pues para suprimirlo, ningún hombre puede resistirlo, sino que necesita estar continuamente en oración. Pues, ¿habrá hombre alguno, aun entre los piadosos que no se deleita cuando le cantan alabanzas? Tan sólo el Espíritu Santo nos puede preservar para que no seamos infectados de este vicio.

VERSÍCULO 6. El que es enseñado en la palabra, comuniquen en todos sus bienes al que lo instruye.

Aquí él predica a los discípulos u oidores de la palabra, ordenándoles que otorguen toda cosa buena sobre aquellos que han sido sus maestros y tutores en la palabra. A veces me he asombrado ante la razón por la cual los apóstoles con toda diligencia ordenaron a las iglesias a proveer el sustento a sus maestros. Pues en el Papado veía como todos contribuían abundantemente a la construcción y mantenimiento de buenos templos, para el aumento de las ganancias y el bienestar de los que habían sido designados a su servicio idólatra. Esa fue la causa del aumento del patrimonio y las riquezas de los obispos y del clero, pues por todos lados ellos poseían los mejores y más fructíferos terrenos. Por tanto

yo pensaba que este mandato de Pablo había sido en vano, viendo que toda clase de cosas buenas no sólo se ofrendaban abundantemente al clero, sino que ellos rebosaban en bienes y riquezas. Por esto, yo pensaba más bien que se exhortara a cerrar las manos a tanta dadivosidad, en vez de procurar que dieran más; pues yo veía que por causa de esta liberalidad excesiva, aumentaba la avaricia del clero. Pero ahora sé la razón por la que tenían tanta abundancia de bienes hasta el día de hoy, que contrasta con la escasez y penurias que sufren los pastores y ministros de la palabra.

Anteriormente, cuando todo lo que se enseñaba era tan sólo errores y doctrina impía, tenían todas las cosas en mucha abundancia. No comparten nada del patrimonio de Pedro (quien negó que tenía oro y plata), y de los bienes espirituales (como los llamaban) ya que hoy el Papa ha llegado a convertirse en emperador, y los cardenales y obispos en reyes y príncipes del mundo entero. Mas hoy, desde que el Evangelio ha sido predicado y publicado, quienes lo profesan se han enriquecido como nunca lo hicieron Cristo y sus apóstoles. Entonces por experiencia nos damos cuenta cuán bien se guarda este mandamiento de nutrir y sustentar a los pastores y ministros de la palabra de Dios, mandato que Pablo aquí y en otros textos con tanta diligencia repite y martilla en la cabeza de sus oyentes. Por lo que nosotros sabemos, hoy ya no hay ciudad alguna en donde se alimente y sustente a sus pastores y predicadores; sino que todos ellos están distraídos con esos bienes que no fueron dados a Cristo, sino al Papa, para el sustento de sus abominaciones, ya que él oprime al Evangelio, enseña las doctrinas y tradiciones de los hombres, y establece la idolatría. Empero Jesús fue recostado sobre un pesebre en vez de una cama, pues no había lugar para Él en el mesón, Lucas 2:7; después cuando vivía entre los hombres no tenía lugar en donde recostar su cabeza, Mateo 8:20; y por poco tiempo, fue despojado de sus ropas y colgado de una cruz entre dos ladrones, muriendo la peor de las muertes, Mateo 27:38).

Siempre que leo las exhortaciones de Pablo con las que persuade a las iglesias a que deben alimentar a sus pastores, o aliviar la pobreza de los santos en el judaísmo, me maravillo mucho y me da vergüenza que tan gran apóstol se viera obligado al uso de tantas palabras a fin de obtener beneficios para las congregaciones. Escribiendo a los corintios, él trata este tema en dos capítulos enteros (2 Corintios 8 y 9). Yo sería circunspecto en difamar a Wittenberg, la cual por cierto no es nada comparada a Corinto, de la manera como él difamó a los corintios, al suplicarles que socorrieran y ministraran a los pobres. Pero este es el riesgo que corre la predicación del Evangelio, que no sólo nadie está dispuesto a dar cosa alguna para encontrar los ministros y mantener a sus eruditos, sino que los hombres comienzan a despojar, robar, hurtar, y con diferentes sutilezas a engañarse los unos a los otros. En resumen, los hombres de repente se desquician, y se transforman en crueles bestias. En contraste, cuando se predicaba la doctrina de diablos, los hombres eran pródigos, y de buena voluntad ofrecían todas las cosas a los que los engañaban (1 Timoteo 4:2). Los profetas reprochaban el mismo pecado en los judíos, que se resistían a dar cosa alguna a los sacerdotes piadosos y a los levitas, pero daban todas las cosas en abundancia a los impíos.

Por tanto, ahora comenzamos a darnos cuenta de la importancia de este mandato de Pablo, con respecto al sustento de los ministros de la Iglesia; pues lo único que Satanás

no puede tolerar es la luz del Evangelio. Por tanto cuando ve que comienza a brillar, entonces se enfurece, y con todas sus fuerzas y empeño se dedica a sofocarlo. Intenta lograrlo de dos maneras. Primero, por medio de las mentiras de los herejes¹⁷ y con la fuerza de tiranos, y luego mediante la pobreza y la hambruna. Pero, ya que hasta ahora no ha podido oprimir al Evangelio en este país (alabado sea el Señor) mediante los herejes y tiranos, entonces ha procurado sofocarlo de la otra manera, es decir, al retirar el sustento de los ministros de la palabra, para que por causa de la opresión de la pobreza y la necesidad, abandonen el ministerio, de tal modo que el pueblo en su miseria, destituido de la palabra de Dios, con el tiempo se vuelva tan feroz como una bestia salvaje. Y Satanás ayuda a adelantar esta horrible enormidad por medio de magistrados impíos en las ciudades, y también mediante los nobles y los hidalgos en el campo, quienes se quedan con los bienes de la Iglesia, que serían el sustento de los ministros del Evangelio, y los vuelcan al uso impío, “porque de dones de ramerías los juntó, y a dones de ramerías volverán” (Miqueas 1:7).

Además, Satanás también logra que los hombres se desvíen del Evangelio por causa de mucha llenura; pues cuando el Evangelio se predica diligente y diariamente, a muchos les da hartazgo, y comienzan a despreciarlo. Entonces poco a poco se vuelven negligentes y omisos a los ejercicios piadosos. Nuevamente, ya no hay hombre alguno que críe a sus hijos en la buena instrucción, y mucho menos con el estudio de las Sagradas Escrituras,¹⁸ sino que los emplean en las artesanías o en los empleos de ganancia. Todas estas son las prácticas de Satanás, con ningún otro fin sino el de oprimir al Evangelio en nuestro país con el despotismo de los tiranos, o las sutiles artimañas de los herejes.

Por tanto no es sin causa alguna que Pablo amonesta a los oyentes del Evangelio a que compartan toda buena dádiva con sus pastores y maestros. Hablando a los corintios dijo, “Si nosotros sembramos en vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material?” (1 Corintios 9:11). Por tanto, los oidores deben suministrar cosas materiales a los que les han dado cosas espirituales. Pero ambos grupos, tanto los ciudadanos como los nobles abusan hoy día de nuestra doctrina porque bajo su amparo ellos mismos se enriquecen. Hasta ahora, mientras el Papa reinaba, no había hombre que no tuviera que pagar algo a los curas anualmente para sus aniversarios (según le llamaban ellos), y por misas, vigiliás, treintenas y tales basuras.¹⁹ Los frailes mendicantes también recibían su porción. Asimismo los mercaderes de Roma, y las ofrendas diarias también se llevaban algo. De estas cosas, y de un sinnúmero de tales exacciones nuestros compatriotas hoy han sido librados por causa del Evangelio. Pero ¿piensan que están agradecidos a Dios por esta libertad? Estos pródigos donantes ahora se han convertido en descarnados ladrones y rateros, y se niegan a disponer aunque fuera tan sólo de un centavo para el Evangelio o sus ministros, ni dan cosa alguna para aliviar y socorrer a los santos en penurias. Lo cual es prueba certera que han perdido tanto la palabra como la fe, y que en ellos no existe ninguna bondad espiritual. Pues es imposible que los verdaderos piadosos permitan que sus pastores vivan en necesidad y penuria. Pero debido a que se ríen y

¹⁷ *mendacis haereticorum.*

¹⁸ *sacrarum literarum.*

¹⁹ *item pro Missis, Vigilis etc.*

regocijan cuando sus pastores sufren cualquier adversidad, y detienen la mano para darles sustento, o no lo dan con la debida fidelidad, es prueba cierta que son peores que los paganos.

Sin embargo, antes que pase mucho tiempo sentirán las calamidades que seguirán a su ingratitud; pues perderán tanto las cosas temporales como las espirituales.²⁰ Pues este pecado debe ser castigado dolorosamente; y por cierto pienso que las iglesias en Galacia, Corinto, y otros lugares fueron tan perturbadas por los falsos apóstoles por ninguna otra razón sino porque tenían a sus pastores y predicadores en tan poca estima. Pues no puede haber ni una buena razón para que todo el que niega un centavo a Dios (aquel que da todo lo bueno y la vida eterna), le regale un pedazo de oro al diablo, el autor de todo mal y de la muerte eterna. Así que todo el que no sirve a Dios en lo poco, y en eso a su gran beneficio, entonces que sea siervo del diablo en lo mucho, y así reciba extrema y total confusión. Por tanto, ahora que la luz del Evangelio ha comenzado a brillar, podemos ver lo que en realidad es el diablo, y lo que es el mundo.

Y con respecto a lo que él dice, “en todos sus bienes,” no se ha de entender que todo hombre tiene la obligación de dar todo lo que tiene a sus ministros, sino que les den un sustento generoso, de tal modo que puedan vivir con bien.

VERSÍCULO 7. No os engañéis; Dios no puede ser burlado.

En este texto el apóstol promueve fervorosamente el sustento y la alimentación de los ministros, de tal modo que a su previo reproche y exhortación, él ahora añade también una amenaza, diciendo, “Dios no puede ser burlado.” Y con esto llega hasta los tuétanos de la perversidad de nuestros compatriotas, pues orgullosamente desprecian nuestro ministerio. Pues ellos piensan que es tan sólo un juego y un deporte; y por tanto se dedican (especialmente los nobles) a tomar a los pastores como sus súbditos, como siervos y esclavos. Y si no tuviéramos un príncipe tan piadoso, y uno que ama la verdad, desde hace tiempo ya nos habrían expulsado del país. Cuando los pastores piden lo merecido,²¹ o se quejan que sufren penurias, los príncipes se quejan, “Los sacerdotes son codiciosos, quieren vivir en abundancia, no hay quien pueda satisfacer su insaciable avaricia, si fueran verdaderos predicadores del Evangelio,²² se despojarían de todos sus bienes, y en su pobreza debieran seguir al Cristo pobre, y así sufrir todas las adversidades, etc.”

Aquí Pablo amenaza horriblemente a estos tiranos, y burladores de Dios que tan descuidada y orgullosamente se burlan de la miseria de los predicadores, y se hacen pasar por verdaderos evangélicos y no por burladores de Dios, sino que lo adoran muy piadosamente. “No se engañen,” dijo él, “Dios no puede ser burlado;” es decir, Él no permitirá ser burlado en sus ministros. Pues Él dice, “el que a mí desecha, desecha al que me envió” (Lucas 10:16). Y también dijo a Samuel, “no te han desechado a ti, sino a mí

²⁰ *carnalia et spiritualia.*

²¹ *merce.*

²² *evangelici.*

me han desechado,” (1 Samuel 8:7). Por tanto, Oh burladores, aunque Dios posponga su castigo por un tiempo, será que cuando lo vea propicio, los traerá a la luz, y castigará este desprecio por su palabra y el odio amargo por sus ministros. Por tanto, no es a Dios a quien engañan, sino a ustedes mismos, y no se reirán de Dios, sino que Dios se reirá de ustedes (Salmo 2). Pero nuestros orgullosos caballeros, ciudadanos, y gente del común del pueblo,²³ no se conmueven para nada con estas funestas amonestaciones. No obstante, sentirán cuando la muerte les aceche, si se han burlado de ellos mismos o de nosotros; no, y no sería de nosotros, sino de Dios mismo, como Pablo dice aquí. Mientras tanto, debido a que vanidosamente desprecian nuestras advertencias con un orgullo intolerable, hablamos estas cosas para nuestro consuelo, a fin que podamos saber que es mejor sufrir el mal, que hacer el mal; pues la paciencia siempre es inocente y mansa (Salmo 34:10). Además, Dios no permitirá que sus ministros se mueran de hambre, pues aun cuando los acaudalados sufran escasez y hambre, Él los alimentará, y en los días de la hambruna, serán saciados (Salmo 37:19).

VERSÍCULO 7. *Pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.*

Todas estas cosas tenían la intención de lograr el alimento y el sustento de los ministros. Por mi parte, no interpreto tales declaraciones de buena gana; pues parecieran que nos ordenan, y en verdad son órdenes. Además, si alguien las repite a sus oyentes, tiene cierta forma de codicia. No obstante, se debe advertir a los hombres, para que puedan otorgar a sus pastores tanto el respeto como el sustento necesario. Cristo nuestro Salvador enseñó lo mismo en Lucas diez. “comiendo y bebiendo lo que os dieran; porque el obrero digno es de su salario” (Lucas 10:7). Y Pablo dice en otro texto, “¿No sabéis que los que ministran en las cosas santas, comen del templo; y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor que los que predicán el Evangelio, vivan del Evangelio?” (1 Corintios 9:13,14).

Es bueno que nosotros también que estamos en el ministerio debiéramos saber estas cosas, no sea que nuestra conciencia nos acuse por recibir a cambio de nuestro trabajo una compensación que provenga de los bienes del Papa. Y aunque tales bienes fueran acumulados por fraude y engaño, tomando en cuenta que Dios despojó a los egipcios (Éxodo 3:22), es decir a los Papistas, de sus bienes, y ahora se nos conceden aquí entre nosotros a un uso bueno y santo; no porque los nobles los despojan y abusan, sino cuando se ofrendan para la gloria de Dios, para instruir a la juventud virtuosamente, y para su mantenimiento. *Pues es imposible que alguien trabaje día y noche por su sustento, y al mismo tiempo se dedique al estudio de las cosas sagradas tal como requiere el oficio de la predicación.* Sepamos entonces, con buena conciencia (ya que así lo ordenó y mandó Dios, que los que predicán el Evangelio, vivan del Evangelio) que se nos ha dado el uso ofrendado de los bienes de la Iglesia para el sustento necesario de nuestras vidas, a fin que podamos desempeñar nuestro oficio de una manera mejor. Aquí que ningún hombre tenga escrúpulos en hacerlo así, como si no fuera legítimo usar tales bienes.

²³ *nobilitas, cives et rustici.*

VERSÍCULO 8. *Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.*

Aquí el añade una similitud y una alegoría. Esta declaración generalizada de la siega, la relaciona al tema particular del sustento y el alimento a los ministros de la palabra, diciendo, “El que siembra para el Espíritu;” es decir, él que valora los maestros de la palabra de Dios, lleva a cabo una obra espiritual, y segará la vida eterna. Aquí surge la pregunta, si entonces ¿merecemos la vida eterna por medio de las buenas obras? Pues así pareciera que Pablo avala en este texto. Tocante a tales declaraciones que hablan de las obras y sus recompensas, ya hemos tratado ese tema ampliamente en el capítulo cinco. Y es muy necesario, siguiendo el ejemplo de Pablo, de exhortar a los fieles a las buenas obras, es decir, a ejercer su fe por medio de las buenas obras; pues si no prosiguen por la fe, es patente que tal fe no es verdadera. Por tanto el apóstol dice “El que siembra en la carne,” (algunos lo entienden por su propia carne), es decir, el que no contribuye en absoluto a los ministros de la palabra de Dios, sino que sólo se alimenta y sustenta a su propia carne (pues así le aconseja la carne), tal persona de la carne segará corrupción, no sólo en esta vida actual, sino también en la venidera. Pues todos los bienes de los malos pasarán, y ellos mismos a lo largo perecerán vergonzosamente. El apóstol quisiera animar a que sus oyentes sean generosos y provechosos con sus pastores y predicadores. Pero es una gran miseria que tan grande sea la perversidad e ingratitud de los hombres, que las iglesias necesiten esta advertencia.

Los encratitas²⁴ abusaron este texto para confirmar su impía opinión contra el matrimonio, explicándolo de la siguiente manera: “El que siembra para su carne segará corrupción,” es decir, el que se case con esposa, será condenado; por tanto, una esposa es cosa condenable, y el matrimonio es impío, por cuanto allí se siembra para la carne. Estas bestias estaban tan destituidas de todo juicio que no percibían por donde iba el apóstol. Hablo de esta manera para que puedan ver cuan fácilmente el diablo por medio de sus ministros, puede desviar de la verdad a los corazones de la gente sencilla. En breve Alemania tendrá un número infinito de tales bestias, sí, y ahora ya tiene muchísimas. Pues por un lado persigue y mata a los ministros piadosos, y por el otro los descuida y desprecia, y permite que vivan en penuria. Tenemos que armarnos contra estos errores y otros similares, y aprendamos a conocer el verdadero significado de las Escrituras. Pues aquí Pablo no habla del matrimonio, sino de sustentar a los ministros de la Iglesia, lo cual todo hombre dotado con el sentido común de la razón,²⁵ lo puede percibir. Y aunque este sustento sea tan sólo algo corporal, no obstante, él lo llama sembrar en el espíritu. Al contrario cuando la gente codiciosamente junta lo que puede, y buscan tan sólo su propia ganancia, él lo llama sembrar para la carne. A los que siembran en el espíritu, les pronuncia bendición tanto en esta vida como en la venidera; y los otros que siembran para la carne, los declara bajo maldición tanto en esta vida como en la venidera.

²⁴ Herejía sectaria que surgió en el cristianismo a partir del siglo dos después de Cristo. Profesaban el más rígido ascetismo prohibiendo el uso de la carne y del vino en las comidas y oponiéndose al matrimonio.

²⁵ *communi sensu.*

VERSÍCULO 9. *No nos cansemos, pues, de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos si no desmayamos.*²⁶

El apóstol, con la intención de finalizar su epístola, pasa de lo particular a lo general, y exhorta a todos en general a las buenas obras. Es como si dijera: Seamos liberales y generosos, no sólo hacia los ministros de la palabra, sino también para con todos los hombres, y sin cansarnos. Pues es cosa fácil hacer el bien una o dos veces, pero perseverar, y no desfallecer por causa de la ingratitud o perversidad de aquellos a quienes se hizo el bien, eso es muy difícil. Por tanto, él no sólo nos exhorta a hacer el bien, sino también que no desmayemos haciendo el bien; y a fin de persuadirnos aún más, él añade, “Porque a su tiempo segaremos si no desmayamos.” Es como si dijera: “Esperen con la mira puesta en la promesa por venir, y luego no habrá ingratitud o trato perverso de los hombres que podrá desviarlos del bien hacer; pues en el tiempo de siega recibirán el aumento más abundante y el fruto de su semilla. Por tanto, con las más dulces palabras, él exhorta a los fieles al cumplimiento de las buenas obras.

VERSÍCULO 10. *Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos; y mayormente a los de la familia de la fe.*

Este es el cierre de su exhortación para el sustento generoso de los ministros de la palabra, y dar limosnas a todos los necesitados. Es como si hubiera dicho: “Hagamos el bien entre tanto que el día dura; la noche viene cuando nadie puede obrar (Juan 9:4). Es cierto que los hombres pueden hacer muchas cosas cuando se apaga la luz de la verdad, pero todo es en vano. Pues caminan en la oscuridad, y no saben por donde van, y por tanto toda su vida, todo su sufrimiento, y muerte, son en vano” (Juan 12:35). Y con estas palabras él se dirige a los gálatas. Es como si él hubiera dicho: a menos que perseveren en la sana doctrina que recibieron de mí, todo el bien que hacen, todo el sufrimiento en sus pruebas, y tales otras cosas, de nada les aprovechan. Como él lo dijo antes en el capítulo tres, “¿Tantas cosas habéis padecido en vano?” Y mediante un nombre nuevo describe a la comunidad de la fe,²⁷ dentro de la cual los primeros son los ministros, y luego todos los fieles.

VERSÍCULO 11. *Mirad cuán grandes letras os he escrito con mi propia mano.*

Él cierra su epístola con una exhortación a los fieles, y con un fuerte reproche o invectiva contra los falsos apóstoles. Antes él había maldecido a los falsos apóstoles. Ahora, por así decirlo, repite lo mismo, pero con otras palabras, él los acusa muy severamente, a fin que puedan temer y desviar a los gálatas de su doctrina, a pesar de tan grande autoridad que parecieran tener. Los maestros que tienen (dice él) son de tal índole que no toman en cuenta la gloria de Cristo, y la salvación de vuestras almas, sino que sólo buscan su propia gloria; segundo, huyen de la cruz; tercero, no comprenden las cosas que enseñan.

²⁶ *non deficientes.*

²⁷ *qui sunt in Nostra societate fidei.*

Estos falsos apóstoles, habiendo sido acusados por el apóstol por estas tres tan execrables monstruosidades, eran dignos de que todos los hombres les sacaran el cuerpo. Pero aún así no todos los gálatas obedecieron esta advertencia de Pablo; y Pablo no hace mal con estas invectivas contra ellos, sino que los condena justamente por medio de su autoridad apostólica. De igual manera cuando llamamos al Papa el anticristo, a sus obispos y las cabezas fanáticas,²⁸ una generación maldita, no los calumniamos; sino que por autoridad de Dios, juzgamos que son malditos, de acuerdo a lo dicho en el primer capítulo: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo os predicare otro Evangelio del que os hemos predicado, sea anatema,” pues odian, persiguen, y derrocan la doctrina de Cristo.

“Mirad,” dice, “cuán grandes letras os he escrito con mi propia mano.” Dice esto para conmoverlos, y mostrar su afecto maternal hacia ellos. Es como si dijera: “Yo jamás escribí una epístola tan larga con mi propia mano a ninguna otra Iglesia como la que les he escrito”. Pues con respecto a sus otras epístolas, mientras dictaba, otros las escribían, y después inscribía su saludo y nombre con su propia mano, como se ha de notar al finalizar sus epístolas. Y con estas palabras (yo supongo) él mencionaba cuán larga había sido su epístola. Otros lo entienden de otra manera.

VERSÍCULO 12. Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os constriñen a que os circuncidéis; solamente para no sufrir persecución por la cruz de Cristo.

Aquí él usa una palabra significativa: εὑπροσωπησαι, “agradar.” La virtud principal que ellos tienen (dijo él), es esta, que adulan a los dignatarios y prelados; y con el propósito de lograr el favor de ellos y perder nada de su propia gloria, los obligan circuncidarse. Pues los gobernantes de los judíos obstinadamente resisten el Evangelio y defienden a Moisés; y los falsos apóstoles estudian cómo tenerlos de buen humor y congraciarse con ellos en las apariencias. Por tanto, con este fin, enseñan que la circuncisión es necesaria para la salvación, para seguir siendo favorecidos por ellos, y así evitar persecución por causa de la cruz. Así mismo hoy tenemos a los que astutamente elogian al Papa, a los obispos, y a los príncipes, los cuales nos denuncian e impiamente difaman nuestros escritos, no por el amor a la defensa de la verdad, sino para agradar a sus ídolos, al Papa, a los obispos, a los reyes y príncipes de este mundo, y no sufrir persecución por causa de la cruz de Cristo. Pero si por el Evangelio pudieran obtener esas comodidades carnales que han recibido de los obispos impíos y de los príncipes; o si profesar el Evangelio les trajera riquezas, paz y seguridad de la carne, entonces de inmediato se unirían a nosotros.

Vuestros maestros (dice él) tienen la cabeza llena de vanidad, y al no tomar en cuenta la gloria de Cristo y vuestra salvación, buscan sólo su propia gloria. Nuevamente, ya que le tienen miedo a la cruz, predicán la circuncisión y la justicia de la carne, no sea que provoquen a los judíos a odiarlos y perseguirlos. Por tanto, aunque los escuchen con un gozo como nunca, y por mucho tiempo, estarán escuchando a los que han hecho de sus vientres su Dios, los que buscan su propia gloria, y esquivan a la cruz. Aquí se debe observar cierto fervor en la palabra *constriñen*. Pues la circuncisión en sí misma es nada;

²⁸ *phanatici homines.* (El MS de Röer reza: *Oecolampadium, Karolstadium.*)

pero dejarse obligar a ser circuncidado, y al hacerlo confiar en eso como justicia y santidad, y al no hacerlo declararlo pecado, tal cosa es un agravio a Cristo. Esto ya lo he dicho ampliamente.

VERSÍCULO 13. Porque ni aun los mismos que se circuncidan guardan la ley, sino que quieren que vosotros seáis circuncidados, para gloriarse en vuestra carne.

Y ¿acaso no valdría decir aquí que Pablo es un hereje? Pues él dice que no sólo los falsos apóstoles, sino toda la nación de los judíos que había sido circuncidada, no guardaba la ley, por lo que los circuncidados, al guardar la ley, no la cumplían. Esto es hablar contra Moisés, quien dice que ser circuncidado es guardar la ley; y no ser circuncidado es anular el pacto (Génesis 17:10,14). Los judíos eran circuncidados por ninguna otra razón sino sólo para guardar la ley, la que ordenaba que cada varón fuese circuncidado al octavo día (Génesis 17:12). Todo esto ya lo hemos tratado previamente, por tanto no es necesario repetirmos. Bien, estas cosas sirven para condenar a los falsos apóstoles, para que los gálatas teman escucharlos. Es como si dijera: “Miren, pongo a vuestra vista la clase de maestros que tienen. Primero, son vanagloriosos, que buscan nada más que su propia ganancia (Filipenses 2:21), y no les importa nada más que su propio vientre; segundo, huyen de la cruz; y finalmente no enseñan la verdad o cosa alguna con certeza, sino que todo lo que dicen y hacen son falsificaciones repletas de hipocresía. Por tanto, aunque en las apariencias guardan la ley, aun al guardarla, no la cumplen, pues sin el Espíritu Santo no se puede guardar la ley. Pero el Espíritu Santo no se puede recibir sin Cristo, y donde no mora el Espíritu Santo, allí mora un espíritu inmundo, es decir, el desprecio de Dios, y la búsqueda de la ganancia y la gloria propia. Por tanto todo lo que hacen, con respecto a la ley, es tan sólo hipocresía y doble pecado; pues un corazón inmundo no guarda la ley, sino que sólo hace un teatro de observancias, y por tanto se confirma aún más en su maldad e hipocresía”.

Y esta declaración hay que tenerla en mente con diligencia, que los circuncidados no guardan la ley; es decir, que los circuncidados no están circuncidados. También se puede relacionar a otras obras. Aquel que obra, ora, o sufre sin Cristo, obra, ora, y sufre en vano, pues todo lo que no es de fe, es pecado (Romanos 14:23). Por tanto, no hay provecho alguno para el hombre circuncidarse, ayunar, orar, o hacer cualquier otra obra externa, si es que interiormente se desprecia la gracia, el perdón de los pecados, la fe, a Cristo, etc., y estar todo inflado con la opinión y la presunción de su propia justicia, los cuales son horribles pecados contra la primera tabla de la ley. Después también siguen los otros pecados contra la segunda tabla, tal como la desobediencia, prostitución, la furia, la ira, el odio, y tales. Por lo cual él lo ha dicho muy bien, que los que se han circuncidado, no guardan la ley, sino que sólo fingen que la guardan. Pero este simulacro, o más bien hipocresía, es doble maldad ante Dios.

¿Qué es lo que pretenden los falsos apóstoles cuando procuran que ustedes sean circuncidados? No es que se vuelvan justos,²⁹ por mucho que los tengan en mente, sino lo que quieren es gloriarse en vuestra carne. Bien, ¿quién no detestaría este horrible

²⁹ *iustificemini.*

pestilente vicio de la ambición y deseo por gloria, que se procura poniendo en riesgo las almas de los hombres? Estos son espíritus (dijo él) engañosos, desvergonzados, y vanos, que sirven su propio vientre y odian la cruz. Nuevamente (y esto es lo peor), los obligan a circuncidarse de acuerdo a la ley, para que con eso hayan abusado de vuestra carne para gloria de ellos, y mientras tanto ponen sus almas en peligro de destrucción eterna. Pero ¿qué más han ganado ustedes ante Dios, sino la eterna condenación? Y, ¿qué más han logrado ante los hombres, sino que los falsos apóstoles se gloríen en que fueron sus maestros, y ustedes sus discípulos? Y no obstante enseñan lo que ellos mismos no observan. De esta manera reprocha fuertemente a los falsos apóstoles.

Estas palabras, “para gloriarse en vuestra carne,” son muy eficaces. Es como si dijera: No tienen la palabra del espíritu; por tanto es imposible que reciban el espíritu por medio de lo que ellos predicán. Todo lo que ellos hacen es que ustedes ejerciten su carne, para que ustedes se hagan sus propios jueces por medio de la carne, o justificados por sí mismos. Externamente ellos observan días, tiempos, sacrificios, y otras tales cosas de acuerdo a la ley, cosas que son enteramente carnales, por lo que todo lo que cosechan no es nada más que trabajo sin ganancia y condenación. Y por el otro lado, esto es lo que ellos ganan con todo eso, que entonces se pueden jactar de que son sus maestros, y que han logrado que dejen atrás la doctrina de Pablo el hereje, y que vuelvan a su madre, la sinagoga. Es así como hoy se jactan los Papistas que han logrado que regresen a la santa madre Iglesia, a quienes habían engañado y seducido. Al contrario, nosotros no nos gloriamos en vuestra carne, sino nos gloriamos respecto a vuestro espíritu, porque han recibido el Espíritu por medio de nuestra predicación (Gálatas 3:2).

VERSÍCULO 14. Mas lejos esté de mí gloriarme, salvo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

El apóstol termina el asunto con indignación y con gran fervor de espíritu exclama estas palabras, “Mas lejos esté de mí gloriarme,” etc. Es como si dijera: “Esta gloria y ambición carnal de los falsos apóstoles es un veneno tan peligroso, que ojala fuese enterrado en el infierno, pues causa la destrucción de tantos. Pero que se gloríen en la carne todos los que quieran, y que perezcan con su maldita gloria. En cuanto a mí, no deseo ninguna otra gloria, sino aquella por la cual me regocijo en la cruz de Cristo”. De la misma manera también dice: “Nos gloriamos en nuestras aflicciones,” (Romanos 5). También en 2 Corintios 12: “Me gloriaré en mis aflicciones.” Aquí Pablo enseña cuál es la gloria y el regocijo de los cristianos, a saber, gloriarse y enorgullecerse por las tribulaciones, los reproches, las debilidades, etc.

El mundo no sólo juzga a los cristianos diciendo que son hombres muy deplorables y miserables sino que lo hace de la manera más cruel; con un verdadero celo los odia, persigue, condena, y mata como si fueran la plaga más pernicioso del mundo espiritual y terrenal, es decir, como herejes y rebeldes. Pero debido a que ellos no sufren estas cosas a causa de asesinatos, robos, y otras maldades similares, sino por el amor de Cristo, por dedicarse a presentar su beneficio y gloria, por tanto se glorían en la tribulación y en la cruz de Cristo, y con los apóstoles se gozan de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por el nombre de Cristo (Hechos 5:41). De igual modo, nos gloriamos hoy cuando el Papa y el mundo entero nos persigue con toda crueldad, nos condena y mata; pues

sufrimos estas cosas no por nuestras malas obras como ladrones, asesinos, etc., sino por causa de Cristo, nuestro Señor y Salvador, cuyo Evangelio enseñamos en verdad.

Bien, nuestra gloria aumenta y se confirma principalmente por dos razones. Primero, debido a que estamos seguros que nuestra doctrina es pura y divina.³⁰ Segundo, porque nuestra cruz y sufrimiento es el de Cristo. Por tanto cuando el mundo nos persigue y mata, no es causa para quejarnos o lamentarnos, sino que más bien debiéramos regocijarnos y tenernos por dichosos. Ciertamente que el mundo entero nos juzga por desdichados y malditos; pero por el otro lado, Cristo, quien es más grande que el mundo, y por causa de quien sufrimos, nos pronuncia bienaventurados, y es en su voluntad que nos regocijamos. “Bienaventurados [dijo Él] sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Regocijaos y alegraos” (Mateo 5:11,12). Entonces nuestra gloria es otro tipo de gloria, diferente a la del mundo, el cual no se regocija en la tribulación, afrentas, persecución, y muerte, etc., sino que se gloria en el poder, riquezas, honra, sabiduría, y justicia propia. Pero el fin de esta gloria es lamento y confusión.

Además, la cruz de Cristo no significa ese pedazo de madera que Cristo llevó sobre sus hombros al cual después fue clavado; sino que por lo general significa todas las aflicciones de los fieles, cuyos sufrimientos son los de Cristo (2 Corintios 1): “Abundan en nosotros las aflicciones de Cristo.” También, “cumpló en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia” (Colosenses 1:24). Por tanto, la cruz de Cristo, por lo general significa todas las aflicciones que la Iglesia sufre por Cristo, de lo cual Él mismo testifica cuando dijo, “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4). Saulo no arremetía con violencia contra Cristo sino contra su Iglesia. Pero el que la toca, toca la niña de su ojo (Zacarías 2:8). Pues hay más sensibilidad en la cabeza que en cualquier otro miembro del cuerpo. Y esto lo sabemos por experiencia, pues cuando el dedito del pie o la parte menor del cuerpo se lastima, es la cabeza misma la que muestra por el gesto, el dolor que siente. Es así como Cristo nuestra cabeza asume todas nuestras aflicciones como suyas, y sufre también cuando sufrimos, pues somos su cuerpo.

Es para nuestro provecho saber estas cosas, no sea que seamos consumidos por el dolor, o caigamos en el desaliento, cuando vemos que nuestros adversarios cruelmente nos persiguen, excomulgan, y matan. Pero pensemos por nosotros mismos, siguiendo el ejemplo de Pablo, que debemos gloriarnos en la cruz que llevamos, no por nuestros pecados, sino por causa de Cristo. Si sólo pensáramos en nosotros mismos por los sufrimientos que sobrellevamos, no sólo serían extremadamente dolorosos sino intolerables. Sin embargo, cuando decimos, “los sufrimientos de Cristo son nuestros en abundancia” (2 Corintios 1:5), o tal como dice el Salmo 44, “por causa de ti nos matan cada día”, entonces estos sufrimientos no son sólo fáciles, sino dulces, de acuerdo a lo que fue dicho: “Mi carga es fácil, y dulce mi yugo” (Mateo 11:30).

³⁰ *puram atque divinam.*

Bien, hoy se conoce que nosotros sufrimos odio y persecución de parte de nuestros adversarios por ninguna otra causa sino que predicamos a Cristo fielmente y con pureza. Si le negáramos y consintiéramos sus perniciosos errores e impía religión,³¹ ellos no sólo cesarían de odiar y perseguirnos, sino que también nos brindarían honor, riquezas, y muchas otras cosas buenas. Pero debido a que sufrimos estas cosas por causa de Cristo, podemos verdaderamente regocijarnos con Pablo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; es decir, no en las riquezas, poder, y favor de los hombres, etc., sino en aflicciones, debilidades, pesares, luchas en el cuerpo, terrores en el espíritu, persecuciones, y todo otro mal (2 Corintios 7:5). Por tanto, confiamos que pronto se cumplirá que Cristo nos dirá lo mismo que David dijo a Abiatar el sacerdote, “Yo he ocasionado la muerte de todas las personas³² de la casa de tu padre” (1 Samuel 22:22). También, “el que os toca, toca a la niña de mi ojo” (Zacarías 2:8). Es como si hubiera dicho, El que te hiere, a mí me hiere; pues si no predicaras mi palabra y me confesaras, no sufrirías estas cosas. Así también lo dijo en Juan, “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:19). Pero ya hemos tratado todo este tema.

VERSÍCULO 14. *Por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.*

Es así como habla Pablo: “El mundo me es crucificado a mí”, es decir: “Yo juzgo que el mundo ya ha sido condenado”. “Y yo al mundo,” es decir, el mundo a su vez juzga que yo he sido condenado. Por tanto, nos crucificamos y condenamos el uno al otro. Yo aborrezco toda la doctrina, justicia, y obras del mundo, como el veneno del diablo. A su vez, el mundo detesta mi doctrina y mis obras, y juzga que yo soy un sedicioso, pernicioso, tipo pestilente, y hereje. Es así como hoy el mundo nos es crucificado, y nosotros al mundo. Maldecimos y condenamos todas las tradiciones respecto a la misa, las órdenes, votos, adoraciones al poder de la voluntad,³³ las obras, y todas las abominaciones del Papa y otros herejes como la suciedad del diablo. Ellos a su vez nos persiguen y matan por ser destructores de la religión, y perturbadores de la paz del pueblo.

Los monjes se ilusionaron de que cuando entraron a sus monasterios estaban crucificando al mundo; pero por ese medio crucifican a Cristo, y no al mundo. Sí, por ese medio el mundo se libra de ser crucificado, y todo se fomentaba aún más por esa opinión de santidad y confianza que tenían en su propia justicia, que había llegado a formar parte de la religión.³⁴ Por tanto, de la manera más necia e impía, esta declaración del apóstol fue forzada para respaldar la entrada a los monasterios.³⁵ Aquí él habla de un tema muy alto y de gran importancia; es decir, lo que todo fiel³⁶ juzga ser la sabiduría, la justicia, y el poder de Dios es lo que el mundo condena como la más grande necedad, impiedad, y debilidad. Y al contrario, lo que el mundo juzga por ser la más alta religión y servicio a

³¹ *impios cultus.*

³² *Ego sum reus omnium animarum vestrum.*

³³ *cultibus.*

³⁴ *i.e., en las órdenes religiosas.*

³⁵ *ingressum religionis.*

³⁶ *Paulus et quilibet sanctus seu Christianus.*

Dios, los fieles saben que no es nada más sino la más execrable y horrible blasfemia ante Dios. Es así como los piadosos condenan al mundo, y a su vez, el mundo condena a los piadosos. Pero los piadosos por su parte juzgan acertadamente, pues el hombre espiritual juzga todas las cosas (1 Corintios 2:15).

El juicio del mundo, tocante a la religión y a la justicia ante Dios, es tan contrario al juicio de los piadosos como Dios y el diablo son contrarios entre sí. Pues así como el diablo crucifica a Dios, y Dios crucifica al diablo, es decir, así como Dios condena la doctrina y las obras del diablo (pues el Hijo de Dios apareció, como dice Juan, para destruir las obras del diablo, 1 Juan 3:8), así el diablo condena y derroca la palabra y las obras de Dios, pues él es un asesino, y el padre de mentiras; de esta manera, el diablo condena la doctrina y la vida de los piadosos, llamándolos los más perniciosos herejes y perturbadores del bien público. También los fieles llaman al mundo el hijo del diablo, el cual ha seguido en las pisadas de su padre, y así decir, que es un asesino y mentiroso al igual que su padre. Este es el mensaje de Pablo cuando dice, “por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.” Ahora en las Escrituras el mundo no sólo significa los impíos y los malos, sino también los mejores, los más sabios, y los que se hacen pasar como los más santos del mundo entero.

Y aquí de paso, encubiertamente señala hacia a los falsos apóstoles. Es como si dijera: "Odio y detesto totalmente como algo maldito toda la gloria que no es por la cruz de Cristo; *sí, lo considero todo como muerto, y como habiendo muerto una muerte tan horrible como la de quien muere colgado de un madero.* Pues el mundo, con toda su gloria, me es crucificado, y yo al mundo. Por tanto malditos sean todos los que se glorían en su carne, y no en la cruz de Cristo. Con estas palabras Pablo testifica que odia al mundo con el perfecto odio del Espíritu Santo; y además, que el mundo lo odia con el perfecto odio de un espíritu maligno. Es como si dijera: “Es imposible que haya acuerdo alguno entre el mundo y yo. Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Ceder el lugar, y enseñar las cosas que agradan al mundo? ¡No! Más bien con espíritu valiente me opondré, y lo despreciaré y crucificaré así como el mundo me desprecia y crucifica”.

En conclusión, aquí Pablo enseña la manera como debemos luchar contra Satán (quien no sólo atormenta nuestros cuerpos con diversas aflicciones, sino que también continuamente hiere nuestros corazones con sus dardos ardientes, pues él quiere vencernos con su perseverancia y derrocar nuestra fe y sacarnos de la verdad y de Cristo). De tal modo que así como vemos como Pablo con tanto arrojo despreció al mundo, así también debemos repudiar al mundo, a su príncipe, y a todo su ejército, engaños, y furias infernales, y confiando en el auxilio y la ayuda de Cristo, debemos triunfar contra él de la siguiente manera: Oh Satán, cuánto más intentas herirme y lastimarme, tanto más osadamente me levanto contra ti, y me río de ti hasta con desdén. Cuanto más me aterres e intentes desesperarme, tanto más confianza y osadía tomaré, y me gloriaré en medio de tus furias y maldad; no por ningún poder en mí, sino por el poder de mi Señor y Salvador Cristo, cuyo poder se perfecciona en mi debilidad. Por tanto cuando soy débil, entonces soy poderoso (2 Corintios 12:9,10). Por el contrario, cuando se da cuenta que sus amenazas y terrores causan temor, se regocija, y aterra más y más a los que ya tiene atemorizados.

VERSÍCULO 15. *Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva criatura.*

Esta es una manera maravillosa de expresarse, cuando Pablo dice “Ni la circuncisión ni la incircuncisión vale nada.” Parece que más bien debiera haber dicho, “O la circuncisión o la incircuncisión, una de las dos tiene valor,” viendo que son cosas contrarias. Pero ahora él niega que ninguna de las dos cosas tienen valor alguno. Es como si hubiera dicho: “Deben subir más alto, pues la circuncisión y la incircuncisión son cosas de poca importancia, pues ninguna de las dos cosas puede alcanzar la justicia ante Dios. Es verdad que son contrarias entre sí; pero nada son respecto a la justicia cristiana, la cual no es terrenal, sino celestial; por tanto, no consiste en cosas corporales. Por tanto, si has sido circuncidado o eres incircunciso, todo es lo mismo, pues en Cristo Jesús ni la una ni la otra tiene valor alguno.

Los judíos se ofendieron grandemente cuando escucharon que la circuncisión no tenía valor alguno. No tenían problema alguno asintiendo que la incircuncisión no tenía valor alguno; pero no podían tolerar escuchar que se dijera lo mismo de la circuncisión, pues estaban dispuestos hasta derramar la sangre por defender la ley y la circuncisión. Los Papistas de igual manera contienden hoy con vehemencia por retener sus tradiciones tocantes a comer carne, el celibato, los días santos, y demás; y nos excomulgan y maldicen, pues enseñamos que en Cristo Jesús estas cosas de nada valen. *Y hay algunos entre nuestra propia gente no menos ciegos que los Papistas, que piensan que la libertad de las tradiciones del Papa es algo tan necesario, que a menos que de inmediato quebranten y anulen todas ellas, temen que estarían pecando.* Pero Pablo dice que debemos tener otra cosa que es mucho más excelente y preciosa que *la circuncisión o la incircuncisión, que la observancia o el quebrantar las tradiciones del Papa*, para alcanzar la justicia ante Dios. En Cristo Jesús, dice él, ni la circuncisión ni la incircuncisión, ni el celibato, ni el matrimonio, ni el comer carne, ni el ayuno, valen cosa alguna. La carne no nos hace aceptos ante Dios. Ni tampoco somos mejores por abstenernos, ni empeoramos por comer. Todas estas cosas, sí, hasta el mundo entero con todas sus leyes y justicia, de nada valen para la justificación. *Sí, ni siquiera son dignas de mención al tratar un tema tan exaltado.*

Ni la razón ni la sabiduría de la carne comprenden esto, pues “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:14). Por tanto requiere que la justicia se fundamente sobre cosas externas. Mas la palabra de Dios nos enseña que no hay nada bajo el cielo que valga por justicia ante Dios, sino Cristo sólo, o como Pablo dice aquí, una nueva criatura. Las leyes civiles y políticas, las tradiciones de los hombres, las ceremonias de la Iglesia, sí, hasta la ley de Moisés son cosas que existen sin Cristo; por tanto de nada valen para justicia ante Dios. En su debido lugar y tiempo las podemos usar como cosas buenas y necesarias; pero si hablamos del tema de la justificación, de nada valen, sino que perjudican. “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, etc.”

Y por medio de estas dos cosas, la circuncisión y la incircuncisión, Pablo rechaza todo lo demás absolutamente y niega que en Cristo Jesús tengan valor alguno, es decir en la causa de la fe y de la salvación. Pues aquí él toma una parte para dar a entender el todo, es decir, por la incircuncisión da a entender a todos los gentiles, y por la circuncisión da a entender a todos los judíos, con toda su potencia y gloria. Es como si dijera, Todo lo que pudieran hacer los gentiles, con toda su sabiduría, justicia, leyes, poderes, reinos, e imperios, no tiene valor alguno en Cristo Jesús. Además, todo lo que puedan hacer los judíos con su Moisés, su ley, su circuncisión, sus adoraciones, su templo, su reino, y sacerdocio, de nada vale. Por tanto en Cristo Jesús, o en el tema de la justificación, no debemos disputar ni de las leyes de los gentiles, ni la de los judíos, sino que sencillamente debemos dictar esta sentencia: Ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor alguno.

Entonces, ¿son malas las leyes? De ningún modo, rotundamente no. Son buenas y provechosas, aunque en su lugar y tiempo, es decir, en las cosas corporales y en lo civil, asuntos que sin leyes, no pudieran gobernarse. Además, también en nuestras iglesias usamos ciertas ceremonias y leyes; no para que por medio de ellas alcancemos la justicia, sino para mantener el buen orden, dar ejemplo, quietud, y concordia, de acuerdo a lo dicho, “Hágase todo decentemente y con orden” (1 Corintios 14:40). Pero si las leyes se presentan y urgen como si por cumplirlas el hombre fuese justificado, o si el quebrantarlas lo condena, entonces deben ser despojadas y abolidas; pues en tal caso Cristo pierde su oficio y su gloria, pues es Él sólo quien nos justifica y nos da el Espíritu Santo. Por tanto el apóstol mediante estas palabras afirma que ni la circuncisión ni la incircuncisión de nada valen, sino la nueva criatura, etc. Bien, ya que ni las leyes de los gentiles ni de los judíos aprovechaban en algo, el Papa ha obrado de la manera más impía, pues él ha obligado a los hombres a guardar sus leyes con miras a alcanzar la justicia.

Bien, una nueva criatura, en la cual se renueva la imagen de Dios, no puede ser creada pintándola de colores o con la falsificación de buenas obras (pues en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor alguno), sino creada por Cristo, según la imagen de Dios en justicia y verdadera santidad. Cuando se hacen buenas obras, ciertamente dan la apariencia de una nueva función teatral con cuyo aspecto externo se deleita el mundo y la carne, pero no hay una nueva criatura; pues el corazón sigue impío, lo mismo que antes, lleno hasta el colmo de sus desprecios a Dios y falto de fe. Por tanto, una nueva criatura es la obra del Espíritu Santo, el cual limpia nuestro corazón mediante la fe (Hechos 15:9), y obra el temor de Dios, el amor, el pudor, y otras virtudes cristianas, quien también otorga el poder de poner freno a la carne y rechazar la justicia y la sabiduría del mundo. Aquí no hay pinturas de colores ni teatro, sino toda una nueva especie externa.³⁷ Aquí se ha creado³⁸ otra manera de pensar con otro juicio, es decir, cabalmente espiritual, la cual aborrece aquellas cosas que antes valoraba grandemente. La vida monástica con sus órdenes nos hechizaba tanto en el pasado que pensábamos que no había ninguna otra manera de ser salvos; pero ahora la juzgamos de otra manera muy

³⁷ *fucus aut tantum nova externa species* [HC].

³⁸ *nascitur*.

diferente. Ahora nos avergonzamos de esas cosas que antes adorábamos como sumamente celestiales y santas, antes de que fuéramos regenerados en esta nueva criatura.

Por tanto, cambiarse de vestimentas, y otras cosas externas, no resulta en una nueva criatura (como se imaginan los monjes), sino la renovación de la mente por medio del Espíritu Santo; de lo cual prosigue un cambio en los miembros y sentidos del cuerpo entero. Pues cuando el corazón ha sido iluminado por una nueva luz, por un nuevo juicio, y por nuevas emociones, a causa del Evangelio, sucede que los sentimientos interiores también se renuevan; pues los oídos desean escuchar la palabra de Dios, y no las tradiciones y las ilusiones de los hombres. La boca y la lengua ya no se jactan de sus propias obras, justicia, y reglamentos; sino que no dejan de engrandecer la misericordia de Dios que nos ofrece en Cristo Jesús. Estos cambios no consisten en palabras, sino que son eficaces,³⁹ y traen un nuevo espíritu,⁴⁰ una nueva voluntad, nuevos sentimientos, y nuevas funciones en la carne, de tal modo que los ojos, los oídos, la boca, y la lengua, ya no ven, escuchan, y hablan como antes, sino que la mente aprueba, ama, y sigue a otro tema que el de antes. Pues antes, ennegrecido por los errores Papales y esa oscuridad, se imaginaba que Dios era un mercader, que nos vendía su gracia a cambio de nuestras obras y méritos. Pero ahora, a la luz del Evangelio, nos da la confianza de que somos contados como justos por la fe en sólo Cristo.⁴¹ Alaba y magnifica a Dios; se regocija y gloria en la única confianza y garantía que hay en la misericordia de Dios por causa de Jesucristo. Si ha de sufrir pruebas o aflicción, las sobrelleva con gozo y alegría, aunque la carne se queje y lamente. A esto, Pablo llama una nueva criatura.

VERSÍCULO 16. *Y a todos los que anduvieren conforme a esta regla, paz y misericordia sea sobre ellos.*

Él añade esto como conclusión. Ésta es la única y verdadera regla en la cual debemos andar, a saber, la nueva criatura. *Los franciscanos impiamente tuercen y relacionan este texto de Pablo con su propia orden; y de allí que hay quienes han blasfemado y cometido sacrilegio declarando que su orden es más santa que las demás, ya que ha sido establecida bajo la autoridad del Apóstol. Pero Pablo, de lo cual no hay duda alguna, aquí no habla de cogullas, tonsuras,⁴² y demás juguetes vanos que incluyen en sus órdenes; sino que habla de la nueva criatura, la cual no es la circuncisión ni la incircuncisión, sino el nuevo ser creado a la imagen de Dios en justicia y verdadera santidad (Efesios 4:24), el cual interiormente es justo en el espíritu, y exteriormente es santo y limpio en la carne. Los monjes tienen una justicia y santidad, pero es hipócrita e impía, pues no aspiran a ser justificados sólo por la fe en Cristo, sino por la observancia de sus reglas. Además, aunque por fuera falsifican la santidad, y sus ojos, manos, lengua, y otros miembros se refrenan del mal; tienen no obstante un corazón impuro, copado de inmundicia de lascivia, envidia, ira, obscenidad, desprecio y odio a Dios, blasfemia*

³⁹ *non verbales, sed reales.*

⁴⁰ *mentem.*

⁴¹ *contingere iustitiam.*

⁴² Literalmente: “tonsuras.” [HC].

contra Cristo, etc., pues son los más rencorosos y crueles enemigos de la verdad. *Por tanto, maldita sea la orden de Francisco, Dominico, y todos los monjes, primero porque oscurecen y desfiguran con sus reglamentos el beneficio y la gloria de Cristo, y luego porque llenan al mundo con idolatrías sin fin, falsas adoraciones, religiones impías, obras de la voluntad, etc. Pero bendita sea esta regla de la cual Pablo habla en este texto; por la cual vivimos en la fe de Cristo, y somos hechos nuevas criaturas, es decir, justas y, por cierto, santas mediante el Espíritu Santo, sin coloridos o falsificaciones. A los que caminan de acuerdo a esta regla sea la paz, es decir, el favor de Dios, el perdón de pecados, la tranquilidad de conciencia, y misericordia; es decir, socorro en las aflicciones, y el perdón del remanente del pecado que queda en nuestra carne. Sí, y aunque los que caminen de acuerdo a esta regla sean sobrecogidos por cualquier pecado, no obstante, ya que son los hijos de la gracia y de la paz, la misericordia los sostiene, de tal modo que su pecado no será puesto a su cuenta.*⁴³

VERSÍCULO 16. *Y sobre el Israel de Dios.*

Aquí él vincula a los falsos apóstoles y a los judíos, que se gloriaban en sus padres, se jactaban de que eran el pueblo de Dios, que tenían la ley, etc. Es como si dijera: Los que son el Israel de Dios, son aquellos que juntos con Abraham el fiel, creen en las promesas de Dios ya ofrecidas en Cristo, ya sean judíos o gentiles; pero no aquellos que según la carne fueron engendrados por Abraham, Isaac, y Jacob. Este tema ya lo hemos tratado anteriormente, en el capítulo tres.

VERSÍCULO 17. *De aquí en adelante nadie me cause molestias.*

Él concluye su epístola con cierta indignación. Es como si dijera: Fielmente he enseñado el Evangelio tal cual lo recibí por revelación de Jesucristo. El que lo quiera seguir, que lo siga, de tal modo que ya no me cause más molestias. En una sola palabra, este es mi dictamen, que Cristo, a quien he predicado, es el único sumo sacerdote y salvador del mundo. Por tanto, que el mundo marche de acuerdo a esta norma, de la cual he hablado aquí y a lo largo de toda la epístola, de otro modo que perezca para siempre.

VERSÍCULO 17. *Porque yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús.*

Así como los minoritas interpretan la oración previa (“a todos los que anden conforme a esta regla”) en torno a su propia orden, así también interpretan esta declaración, que su significado se encuentra en torno a las marcas que llevara su Francisco. Pero yo sostengo que esto es una vana imaginación y un vano juego. Pues aunque así fuera que Francisco hubiera llevado la marca en su cuerpo (tal como lo pintan), ésta no fue impresa en su cuerpo por causa de Cristo, sino que el mismo Francisco se la puso por causa de una necia devoción, o más bien, vanagloria, con la cual se pudiera jactar que ahora era tan querido por Cristo, que Él hasta había dibujado sus heridas sobre su cuerpo.

⁴³ *non imputetur.*

Este es el verdadero significado de este texto: las marcas que llevo en mi cuerpo más que cabalmente muestran de quien soy siervo. Si quisiera agradar a los hombres, exigiendo la circuncisión y la guarda de la ley como necesaria para la salvación, y gloriándome en vuestra carne como lo hacen los falsos apóstoles, no llevaría obligadamente estas marcas en mi cuerpo. Pero debido a que soy siervo de Jesucristo, y ando según una regla verdadera, es decir, abiertamente enseño y confieso que nadie puede obtener el favor de Dios,⁴⁴ justicia, y salvación, sino por medio de Cristo sólo, entonces me impera llevar las insignias de Cristo mi Señor; las cuales no son marcas que yo mismo me busqué, sino que fueron impuestas sobre mí contra mi propia voluntad, por el mundo y el diablo, por ninguna otra causa sino por predicar que Jesús es el Cristo.

Por tanto, las llagas y los sufrimientos, que él llevó sobre su cuerpo, los llama marcas; así como a los dardos ardientes del diablo, la angustia y el terror de espíritu. Estos sufrimientos también los menciona en todas sus epístolas, así como Lucas las menciona en los Hechos. “Porque pienso,” dijo él, “que Dios nos ha puesto a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; porque somos hechos espectáculo al mundo, y a los ángeles, y a los hombres” (1 Corintios 4:9). También, “Hasta esta hora padecemos hambre, y tenemos sed, y estamos desnudos, y somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Y nos fatigamos trabajando con nuestras manos; siendo maldecidos, bendecimos; siendo perseguidos, lo soportamos; siendo difamados, rogamos; hemos venido a ser como la escoria del mundo, el desecho de todos hasta ahora” (1 Corintios 4:11-13). Como también en otro lugar, “en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en vigilias, en ayunos, etc.” (2 Corintios 6:4-6). Nuevamente, “en trabajos más abundante; en azotes sin medida; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces padecí naufragio; una noche y un día estuve en las profundidades; en jornadas muchas veces; peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros entre los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos” (2 Corintios 11:23-26).

Estas son las verdaderas marcas y señas impresas de las cuales el apóstol habla en este texto; las cuales nosotros también hoy, por la gracia de Dios, llevamos en nuestros cuerpos por causa de Cristo. Pues el mundo nos persigue y mata, falsos hermanos nos odian con odio mortal, Satanás interiormente nos aterra con sus dardos ardientes, y por ninguna otra razón sino que enseñamos que Cristo es nuestra justicia y vida. Nosotros no escogimos estas marcas por llevar cierta dulce devoción, ni tampoco nos comprometimos a sufrirlas gozosamente; sino porque el mundo y el diablo nos las imponen por causa de Cristo nos vemos obligados a sufrirlas, y nos regocijamos en el espíritu con Pablo (el cual siempre está dispuesto, se gloria, y regocija) en que las llevamos en nuestro cuerpo; pues son un sello y confiable testimonio de la verdadera doctrina y fe. Pablo dijo estas cosas (como dije antes), con cierto disgusto e indignación.

⁴⁴ *gratiam.*

VERSÍCULO 18. *Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.*

Esta es su última despedida. Él termina la epístola con las mismas palabras que la comenzó. Es como si dijera: “Les he enseñado a Cristo con toda pureza, les he urgido, les he reprochado, no he pasado por alto nada que no pensara les sería provechoso. Más no puedo decir, pero con todo mi corazón ruego que nuestro Señor Jesucristo bendiga y multiplique mi esfuerzo, y los gobierne mediante su Espíritu Santo para siempre”.

Hasta aquí entonces tienen la exposición de la Epístola de Pablo a los Gálatas. El Señor Jesucristo, nuestro Justificador y Salvador, quien me ha dado la gracia y el poder de exponer esta epístola, e igualmente a ustedes para que la escuchen, preserven y establezcan, todos juntos (el cual es el mayor deseo de mi corazón), para que nosotros creciendo diariamente más y más en el conocimiento de su gracia y fe sin disimulos, podamos ser hallados sin culpa y falta en el día de nuestra redención. A quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria para siempre sin fin. Amén.

Por tanto, al Rey eterno, inmortal, invisible, al único sabio Dios, sea honor y gloria por siempre jamás. Amén. (1 Timoteo 1:17).

FIN.